

## El Paraguay y la política brasilero - rioplatense

La carta que a continuación se inserta, dirigida al escritor paraguayo Juan O'Leary, y fechada en Buenos Aires a 15 de junio último, ha sido fragmentariamente publicada en *La Patria* de Asunción: 2. VII. 23. "Su notable carta — escribe O'Leary a Quesada: 4. VII. 23 — es la de un alto espíritu y noble corazón. Considerando que sería un gran egoísmo de mi parte no hacer llegar a mis compatriotas palabras tan saludables — y tan necesarias — de concordia, la he publicado en *Patria*... Puedo asegurarle que la lectura de su carta ha causado sensación. Y que ha de ser de benéficos resultados en estos momentos, en que todos trabajamos por la paz". VERBUM la reproduce para que llegue a conocimiento de la juventud académica, pues la circulación del diario asunceno entre nosotros representa, casi, una curiosidad bibliográfica.

Mi muy estimado amigo:

Recibo — y le agradezco — su fino envío: el número de *Patria* y el opúsculo *Pro Patria* (Montevideo, 1922), en el cual se reproducen los discursos pronunciados en Asunción al entregarle a usted el álbum de desagravio, a raíz del reto a duelo con motivo de opiniones vertidas por usted relativas a la guerra de la triple alianza.

Conocidas son mis opiniones sobre esos sucesos históricos. Las expuse en 1902 en mi libro *Historia diplomática nacional: la política argentino-paraguaya* (1 volumen de 302 páginas). No necesito, pues, volver sobre ellas. Pero, como todo investigador sincero, sigo atento el movimiento de los estudios históricos, dentro y fuera de mi país: respecto del suyo, leo

siempre con interés lo que publican quienes como usted opinan y quienes, por el contrario, piensan en forma diametralmente opuesta. Si, en cualquier momento, llegaran a descubrirse elementos desconocidos de juicio que obligaran a modificar las conclusiones a que mi recordado estudio me condujo, lealmente así lo reconocería y no tendría reparo en confesarlo. Pues bien, hasta ahora, no he encontrado razón para modificar la opinión entonces emitida.

La correspondencia de Alberdi, procedente del archivo Benítez, y que ha dado motivo a la reciente conferencia de Dellepiane en la Junta de historia y numismática, ha sido adquirida por el Museo histórico nacional en las condiciones referidas por aquél, su actual director. Por cierto, personalmente no la conocía. Pero sí conocía la de Benítez a Alberdi, la cual tuve oportunidad de compulsar en los mismos cajones en que vinieron los libros y papeles de este último, y que fueron vendidos judicialmente por su testamentaria en pública subasta: compré entonces todo lo que pude, hasta la propia mesa escritorio del ilustre argentino — en la cual le estoy escribiendo a usted estas líneas — pero aquellos papeles, desgraciadamente y por no haber podido reprimir mi gran interés por ellos, fueron retirados de la venta por el apoderado del heredero, alegando que eran cartas privadas... No sé dónde se encuentran ahora, mas conservo imborrable el recuerdo de su contenido, que en nada justificaba la imputación de traidor, hecha durante la guerra a dicho compatriota. Sobre esto, sabe usted que he expuesto mi modo de ver en 1919 en mi opúsculo: *La figura histórica de Alberdi*, de modo que no es menester volver aquí nuevamente a puntualizarla. Veo que Dellepiane — si bien por mi salud insegura no puedo asistir a las reuniones de la Junta con la frecuencia que deseara, por lo cual sólo conozco de aquella conferencia lo que los diarios del día siguiente fragmentariamente publicaron — llega a parecida conclusión, aun cuando califica a Alberdi de “derrotista”, cual algunos franceses lo hicieron con Jaurés, al estallar el conflicto de la guerra mundial... y al asesinarlo! Hoy lamentan allá no pocos

aquella fatal ofuscación de entonces: pero la víctima desgraciadamente no puede resucitar.

El largo medio siglo transcurrido después de la terminación de la guerra demuestra que, del punto de vista sociológico, la opinión expuesta en mi libro de 1902 resulta confirmada. Fué aquél un grave error histórico argentino, más bien dicho: rioplatense, ya que los uruguayos también participaron de él. El único país que fué lógico en su actitud entonces, consecuente con la observada anteriormente y con la secular tradición colonial de la rivalidad hispanolusitana, fué el Brasil, pues el antagonismo de siglos entre la corriente portuguesa y la española en la América del sud, desde el descubrimiento hasta nuestros días, es un hecho indiscutible. El Brasil linda con todas las repúblicas hispanoamericanas, menos Chile, y ha tendido siempre — logrando realizarlo, sin excepción alguna — a ensanchar sus fronteras a costa de sus vecinos, en lo cual nada absolutamente debe reprochársele pues usa de su perfectísimo derecho al obrar así y toca a los otros el saber defender mejor sus intereses; por eso, desde la época colonial ambicionó la margen oriental del Río de la Plata: de ahí la lucha sempiterna de mamelucos paulistas y guaraníes jesuíticos en las Misiones orientales. Por ello siempre tuvo dificultades diplomáticas con el Paraguay, en la época independiente, pues la organización militar de su país de usted constituía para él una verdadera amenaza en su frontera. Sobre ello, los 3 volúmenes de la obra de mi padre: *Historia diplomática latinoamericana* (Buenos Aires, 1918-20) traen amplia y documentada probanza, que me exime de insistir a este respecto aquí. Pero eso no me lleva a criticar la política tradicional brasilera, la cual, de su punto de vista nacional, considero objetivamente admirable, pues tiende al mayor predominio del país vecino en el porvenir continental: si a las otras naciones del conti-

nente eso no es conveniente o simpático, deber de ellas es el de practicar cada una análoga política para sí, con lo que se llegaría automáticamente al recíproco equilibrio de tendencias opuestas. Los brasileros, pues, al llevar la guerra al Paraguay eran lógicos con la tradición secular y sus tendencias nacionales, como fueron sumamente hábiles al organizar la triple alianza y hacer compartir con otros países la responsabilidad de su actitud. Siempre la cancillería brasilerá se ha mostrado más hábil que la de todos y cada uno de sus vecinos: tanto que, a pesar de haber sido los verdaderos interesados en el aniquilamiento del Paraguay, lograron después ser los inspiradores mefistofélicos de la política paraguaya de la postguerra y desplazar por completo toda influencia argentina, cubriéndola todavía ligeramente de ridículo, hasta el punto curioso de que ha existido en su país de usted una visible corriente antiargentina y probrasilerá, que sonreía irónicamente ante nuestra incurable ingenuidad. Berges se había dado clara cuenta del futuro choque inevitable de las antagónicas tendencias brasilerá paraguayas desde mucho antes de la guerra: López estaba de ello convencido y había preparado militarmente al país para ese inevitable choque. Los hados fueron adversos a esos videntes paraguayos.

La guerra de la triple alianza coronó triunfal y cumplidamente el secular antagonismo hispanolusitano en esa sección de América, sucumbiendo el Paraguay en una forma tal que, malgrado el medio siglo transcurrido, la posterior resurrección todavía resulta precaria y usted, con su voz tonitruante e inspirada de profeta y predicador de la unión patriótica, es todavía *vox clamantis in deserto*, pues su eco se pierde en el aire y no se traduce en realidad alguna. Sigue su país en el sino fatal del desgarramiento interno, de las revoluciones constantes, del destrozarse unos a los otros, como si pesara sobre sus compatriotas una nueva y estupenda maldición de los Atridas. La salud sólo puede venir de la unión, pero nadie quiere oír esa "mala palabra"; parecen todos dantescamente engegucidos y como condenados a cavar la fosa común con las

propias manos. Es horrible, horrible! En vano, en su magnífico discurso en la ceremonia a que antes aludí, exclama usted: “que en adelante sea nuestra historia la fuente luminosa en que vayamos todos a beber sentimientos de concordia y de reconciliación; que el recuerdo de lo que fuimos nos impulse a ir unidos a conquistar un porvenir mejor; que por sobre todas las divisas flamee siempre la bandera nacional, como enseña única de los paraguayos”. Ay, amigo mío: su voz no ha sido oída, nadie quiere oirla, y continúa su país desangrándose, arruinándose, como si la cólera de los dioses pesara sobre sus destinos! Es usted un nuevo Jeremías, lamentándose sobre el cautiverio babilónico; pero así como aquel no fuera entonces oído, tampoco quieren oír a usted sus compatriotas. Ah, le aseguro que ningún observador, al asistir desde lejos a ese inexplicable suicidio de todo un pueblo, acierta a explicarse satisfactoriamente la ofuscación de todos...

Veo, en su discurso, que usted mismo, malgrado su espíritu levantado y clarovidente, posiblemente sufre en parte la perturbación de la atmósfera local, cuando dice que “en la tierra de Alberdi proclaman hoy la necesidad de la guerra al Brasil” lo cual no pasa por la mente del más mentecato de mis compatriotas, pues aquí no se piensa actualmente sino en el *quærit opes* horaciano, en la carrera vertiginosa tras el bíblico becerro, en la riqueza material, y nadie pretende siquiera soñar en política exterior ni aun tiene el menor eco el ruido exagerado de sables que parece complacer algo infantilmente a nuestros vecinos, antes y después de los debates armamentistas de la conferencia santiaguina. Si algún reproche puede usted formular a la mentalidad argentina del momento, es que deliberadamente se rehuse a siquiera encarar la hipótesis de una eventual política internacional que no sea archipacifista, pues lo único que en puridad de verdad quiere es que no se perturbe el desarrollo material del país, en lo cual todos están interesados y que es lo único que a todos preocupa. No sé si esto es lo más digno de un pueblo: es evidentemente el reflejo de la orientación yanqui, anterior a la guerra; pero es un he-

cho, y esto debe a sangre fría comprobarse. La voz misma de Casandra pareceme que, si resonara ahora entre nosotros, tendría tan poco eco como el que ha encontrado su grito estentóreo de concordia en los bosques y esteros paraguayos.

No deje usted, pues, perturbar la claridad de su espíritu con falsos mirajes. Y, en el terreno puramente histórico, no vuelva usted a incurrir en esa blasfemia que ha estampado en su discurso, de que algún caudillo “se alza por encima de San Martín...” Amigo mío: por encima de San Martín no se alza figura alguna en la historia de América; fué el libertador de tres repúblicas, y prefirió deliberadamente el ostracismo a fin de cimentar su obra, pues jamás quiso mezclarse en las contiendas civiles, de modo que a nadie oprimió ni hizo sombra a nadie y, por ello, su figura histórica tiene una aureola esplendorosa de que carece la de Bolívar, desde que éste se vió obligado a empañar su papel de libertador con el de opresor de las libertades de los pueblos que regía despótica y autocráticamente, desesperándolos con su cesarismo absolutista, como lo demuestran una a una las páginas de la historia colombiana y venezolana. Admiro la soberbia grandeza de Bolívar, pero así como no se puede negar que el sol mismo tiene sus manchas, no cabe desconocer que el ejercicio del gobierno, tal cual aquél lo verificó, constituye la sombra que hace destacar la luz de su acción de libertador. En el caso de San Martín, precisamente por no haber querido ejercer realmente las funciones del gobierno, faltan esas sombras del cuadro y las luces de su figura de libertador sólo tienen, como fondo sobre el cual resaltar, el claroscuro de los errores o aciertos de su figura militar. No hay, pues, que empañar esa gloria ni empequeñecerla, poniéndola al nivel de los caudillos locales: nadie, más que yo, habrá apreciado con mayor ecuanimidad — cual lo hice en mi libro de 1898, sobre *La época de Rosas*, y lo he vuel-

to a proclamar en el de 1916: *La guerra civil de 1841* — la acción sociológica de los caudillos en nuestro desenvolvimiento histórico, pero se trata en estos casos de una acción puramente local o nacional, jamás continental, y que, en forma alguna, puede servir de término de comparación con la del libertador San Martín. Esa frase ingrata de su discurso, preferiero considerarla como un simple *lapsus*.

Prosiga usted, amigo mío, en su labor patriótica de estudiar la historia y de predicar la unión. El porvenir pertenece a los apóstoles de la concordia y no a los predicadores de la discordia. Más todavía: nosotros, los que otrora constituíamos el soberbio virreynato del Río de la Plata, hemos heredado los frutos de la discordia de nuestros abuelos, pues ellos no supieron conservar lo que la madre patria les legó y desmenuzaron el magnífico acervo familiar, desgranándolo en 4 repúblicas que hubieran debido constituir una sola. Ya el error no tiene remedio, en lo político; pero, en lo económico, insisto en que los países — como el suyo y el mío — que antes formaron parte de la destrozada unidad política, deberían hoy reconstruir su unidad económica en forma de unión aduanera, para fomentar su progreso y derribar las barreras fiscales prohibitivas que ahora los separan. Tengo fe en que el porvenir nos ha de llevar a una grandiosa unión semejante, que permita, dentro de las comunes fronteras exteriores, practicar entre nosotros el librecambio de nuestra producción, auxiliándonos recíprocamente, pues lo que el Paraguay exporta no compite con la exportación argentina, ni uruguaya ni boliviana, como lo que sale de esos países tampoco perjudica a lo que del nuestro sale. Hemos sido hermanos en el pasado colonial y no veo porqué no hemos de volver a serlo en el período independiente, una vez que hayamos terminado con las locuras de la adolescencia: y tiempo es de que esto suceda. La unión es la di-

visa salvadora, en lo nacional y en lo internacional: dentro de la unión caben todas las orientaciones doctrinarias en cuanto al desenvolvimiento político y social de cada país, pero la vida humana es demasiado corta para malgastarla en luchas fratri-cidas, innecesarias y estériles. “Necesitamos — dice usted — combatir el egoísmo y extender la solidaridad; tenemos urgente necesidad de poner la bandera por encima de las divisas, y el patriotismo más alto que los odios de los partidos... He aquí la tendencia invariable de mi apostolado: salvar a la patria, unificando la conciencia nacional, vigorizar el alma popular, establecer un punto de contacto de todos los paraguayos, sumar las fuerzas dispersas de la raza en un plano superior, para hacer frente a las exigencias del futuro y vencer todas las dificultades del presente...” Aplaudo con ambas manos esa profesión de fe, henchida de robusto y salvador optimismo. En alto los corazones: estudiar, trabajar, y producir, por la patria y para la patria!

Vaya hasta usted un fuerte y cordialísimo abrazo de quien admira ese programa y se complace en decirse — y repetirse — su muy afmo. amigo.

*Ernesto QUESADA.*